

“Canto en medio del caos”

ERIKA AQUINO

A pesar de que no en pocas ocasiones ha sido considerado un género discursivo relacionado con la recolección de obras o autores, la forma antológica constituye un imbricado discurso en el que se intersectan líneas históricas, generacionales, discursivas y otras que permiten vislumbrar diversos momentos no solo de quien(es) se antologiza, sino también del antólogo como lector-crítico en potencia, y de la lectura como un proceso de inacabada articulación que trastoca las figuras de autor y lector. Este género, como señala Estuardo Núñez en *Teoría y proceso de la antología* (1959), tiene su origen más remoto en el volumen compilado por el poeta griego del siglo II a. C. (p. 6) Meleagro de Gádara y en España en los cancioneros, florilegios, romanceros, y florestas medievales y renacentistas (p. 257) e históricamente ha servido como instrumento ordenador y crítico del corpus literario.

El antólogo, visto de este modo, es una especie de *Deux* que ayuda a darle sentido taxativo a la obra de otro creador. Es en este complejo proceso donde se cruzan la creación con la crítica, pues el lector, futuro creador, llevará a cabo un proceso que parte de la lectura convencional, elección, ordenamiento, corrección, interpretación hasta llegar a una propuesta que será un reordenamiento sobre la base de su propia lectura. Giovanna Minardi, catedrática e investigadora italiana, es quien ha asumido este reto con el libro *Alquimia y Fuego. Antología crítica de la obra de Rosina Valcárcel* que reúne un sinnúmero de textos críticos de la obra poética de Rosina Valcárcel (Lima, 1947) y diversas entrevistas a la misma. El libro se estructura en tres partes. La primera, que denomina “Textos generales”; la segunda, donde se presentan textos dedicados al estudio de los poemarios de Valcárcel; y la tercera, compuesta por diversas entrevistas a la autora sobre su producción literaria.

Destacan en la primera parte los análisis biográficos como los de Eduardo Arroyo Laguna y Juan Cristóbal, quienes ponen de manifiesto: (i) el destierro familiar como desencadenante de uno de los tópicos más constantes de la poética de Valcárcel, (ii) la relación paterna, aunque conflictiva pero detonante, en la adjudicación del ejercicio de ser poeta y, finalmente, (iii) el contexto social, político y cultural de los años sesenta y setenta que acoge, pero al mismo tiempo convierte a la escritora en una disidente. Asimismo, en este apartado se incluyen análisis



Alquimia y Fuego. Antología crítica de la obra de Rosina Valcárcel

Giovanna Minardi
Horizonte
Lima, 2018
347 pp.

estilísticos en torno a su creación como los de Manuel Baquerizo, Roland Forgues y Jesús Cabel.

La segunda parte está conformada por veinte entrevistas a la poeta en diferentes contextos y situaciones. Este apartado nos parece particularmente significativo no solo por lo que nos puede revelar del ejercicio de ser poeta o de la dualidad poeta-ciudadana, sino porque, además, constituye un itinerario para dar cuenta del proceso evolutivo de la escritora con respecto a algunas situaciones políticas como la suscripción entre feminismo y literatura. Así, por ejemplo, en la entrevista que Roland Forgues le hace en 1991 la poeta señala: “No creo [que exista una poesía específicamente femenina] (...). Pienso que la poesía no tiene sexo, cuando se habla de lo femenino en poesía es para hablar de lo débil, lo suave, lo ‘romántico’, frente a una poesía masculina con vigor y fuerza” (p. 134). Sin embargo, dos años después, en la entrevista que le hace Minardi a la que titula “Una hora con Rosina Valcárcel”, la poeta señala: “Yo inicialmente estuve en desacuerdo con la poesía femenina, porque creo que la poesía es única, pero en los últimos tiempos me doy cuenta de que no es así. Creo que, sí, existe

una poesía hecha por mujeres, no tanto femenina, porque con eso se entiende poesía peyorativa, tenue suave, débil” (p. 159). Como vemos, aunque se mantienen algunas ideas en torno a lo que se denomina poesía femenina o feminista, el punto de posicionamiento de la poeta ha cambiado. Otras entrevistas que nos parecen valiosas son las de Elvia Ardalani, Dimas Arrieta, Josué Barrón y Guissela Gonzales, Roland Forgues (citado anteriormente), Teófilo Gutiérrez, Giovanna Minardi, Manuel Mosquera y Enrique Sánchez Hernani. Este apartado cierra con un monólogo de la misma poeta titulado “Algunas confesiones para sorprender a los incautos” (pp. 182-186).

En la tercera parte, se reúnen una serie de artículos, de variada extensión, relacionados con cada uno de los poemarios de Valcárcel: *Sendas del Bosque* (1966), *Navíos* (1975), *Una mujer canta en medio del caos* (1991), *Loca como las Aves* (1995) —el que mayor estudios consigna—, *Paseo de sonámbula* (2001), *Naturaleza Viva* (2011), *Contradanza* (2013), *Poesía reunida (1966-2013)* (2014), *Versos para colgar en la pared* (2016) y *Textos secretos de Rosina Valcárcel* (médito), especie de autoficción o entrevistas imaginarias de la propia poeta. La mayoría de estos textos corresponden a ponencias, publicaciones en portales web o en periódicos y revistas, por lo que la mayor parte de ellos no son acercamientos críticos, sino, más bien, breves reflexiones sobre la obra. Esto, a pesar de que da una visión mediática y los textos pueden servir como instrumentos actuales de canonización, al mismo tiempo, nos genera grandes cuestionamientos en torno al reconocimiento que merece la obra de Valcárcel para estudios más extensos y críticos, ya que casi no existe ningún acercamiento exegético de su obra.

Es menester, entonces, por un lado, repensar las posibilidades que nos ofrece el género antológico como corpus de enmarcación literaria y, por otro, en la frescura y vigencia de la obra de Valcárcel en épocas tan convulsas como las vividas en el Perú, donde es necesario seguir construyendo puentes entre el hombre y la poesía. Una poesía que rasga al hombre hacia la esperanza, como dice la poeta en *Versos para colgar en la pared*: “Hablo de nosotros, los muchachos/ que hicimos la revolución/ A nuestra manera, ojos enrojecidos/ Volante al arriero, arenga al mar/ Los obstinados que volvimos a construir puentes” (p. 50).